



X Congreso Internacional de Historia Ferroviaria Alcázar de San Juan, 24-25-26 de junio de 2026

Sesión I. Orígenes, evolución y desarrollo del ferrocarril en Castilla-La Mancha.

X Congreso Internacional de Historia Ferroviaria Alcázar de San Juan, 24-25-26 de junio de 2026

**Sesión II. Los mecanismos de castigo y disciplinamiento en las empresas ferroviarias: una perspectiva internacional.
Historia de vida.**

Un hijo del patrimonio histórico ferroviario (Fragmentos de vida de Juan Machuca Pastor).

Cristina Santamarina (Universidad Complutense) y Rafael Machuca (ADIF)

csantamarina@cimop.com – jrmachuca@gmail.com

Resumen:

La importancia de los ferrocarriles es central de la historia del siglo XX en toda Europa. En el caso de España, la persecución a muchos de sus trabajadores, alcanzó cotas de alta barbarie. Antes de Renfe (1941) los ferrocarriles regionales fueron uno de los epicentros más perseguidos por el alzamiento contra la legitimidad democrática (1936) y los de Andalucía, el laboratorio de castigo ejemplar que luego se extendió a otras zonas. Esta es la historia fragmentaria e inacabada de Juan Machuca, hijo de ferroviario encarcelado, sobrino de ferroviario fusilado, hijo mayor de una familia numerosa perseguida, humillada y marginada, aunque él logró ingresar en la empresa y ser reconocido – tardíamente– como trabajador y ciudadano ejemplar.

Palabras clave: Persecución; marginalidad; miseria; esfuerzo; honradez.

En este viaje narrativo interrumpido el 13 de marzo de 2020 por un acontecimiento que en aquel mismo presente ya sabíamos que haría historia –el inicio del confinamiento por la pandemia universal de la COVID 19–, Juan expone experiencias memorables de su vida. Y son memorables porque pertenecen a lo indeleble. Es decir, a lo que no se puede olvidar, y en su relato, resulta aún más elocuente: se trata de lo que él nunca pudo olvidar.

Juan Machuca Pastor, natural de Lucena, provincia de Córdoba, de 88 años de edad en aquel interrumpido 2020, jubilado de RENFE y vecino de Villaverde Alto, distrito de Madrid, no es un héroe, pero tiene una historia heroica. Una historia que, como todas, comienza antes que él, tiene en sus orígenes familiares tanto paternos como maternos la impronta de personas esforzadas, trabajadoras, leales a la construcción de un mundo mejor y esperanzadas en los ideales de justicia y progreso. Al igual que él, muchos otros, y muchas veces, atravesando las mayores desesperaciones de la condición humana: el hambre, la pobreza que en algunos casos deviene miseria, la enfermedad, las inclemencias de esa época brutal en muchos sentidos y, sobre todo, la persecución, la

condena por lo que no han hecho, pero igualmente se les imputa, se les somete y se les castiga. La sádica voluntad de daño de unos sobre otros, sobre tantas y tantos que compartían un común denominador: eran los vencidos.

Vencida no fue solo la amplia y diversa amalgama de fuerzas que lucharon en defensa del orden constitucional y democrático que representaba la Segunda República de España: desde los cuerpos de seguridad del Estado que se mantuvieron fieles al Gobierno legítimo hasta las y los voluntarios de las Brigadas internacionales; desde el empeño de la intelectualidad y el arte nacional e internacional para defender la democracia frente al fascismo, hasta - y sobre todo - el incuestionable protagonismo de los miles de ciudadanos y ciudadanas que se vieron obligados a tomar partido, a tomar las armas, a pasar a la acción para dar testimonio de sus convicciones políticas. Vencidos no solo fueron los que se vieron obligados al exilio forzoso sino los millones que quedaron señalados en el exilio interior, a veces por su relevancia republicana o sus responsabilidades y quehaceres durante la contienda; otras veces, simplemente por ser familia (esposas, hijas/os, hermanas/os, apellidos o procedencias de nacimiento de sitios señalados) y que fueron sojuzgados en el oprobio y condenados a todas las formas de miseria: el hambre, la exclusión social, la humillación moral, la imposibilidad de acceso a puestos de trabajo, las carencias de lo más elemental, el descrédito... so pena de ser fusilados con, o sin falsos juicios sumarísimos.

Juan pertenece a la España de los vencidos. En su relato y en sus reflexiones está presente esta pertenencia. En su hambre de alimento, pero también de justicia queda patente toda una sociedad que desde la conciencia de saberse subordinada a un orden dictatorial va a transitar durante casi cuarenta años de la indigencia colectiva al servilismo, del grito desesperado al ocultamiento de sus identidades, del derecho a pensar y pensarse, a la adulación impuesta por el aparato del régimen. Y al silencio. Especialmente al silencio como estrategia de defensa personal y de defensa de los seres queridos. Casi cuarenta y cinco años de Estado democrático van a pasar para que Juan cuente estos fragmentos de su historia. En su ánimo estaba el proyecto de seguir interactuando, seguir siendo interlocutores para que el relato llegara hasta la alta madurez de su vida, pero la muerte, lo arrebató. Y no fue posible. Por eso aparecen también fragmentos de conversaciones con sus familiares: hermana, hermanos, con su hijo Rafael, con su nieto Adrián, con la periodista Natalia Junquera que le entrevistó para la Cadena SER como, asimismo, el discurso que él mismo realiza cuando es homenajeado por RENFE en el año 2018 en tanto representante de los trabajadores represaliados por RENFE a lo largo de la historia. Ninguno de estos extractos, por supuesto, puede acabar una narración que solo Juan podría haber concluido. Solo tenemos fragmentos, como sucede tantas veces a lo largo de las historias. Y de la Historia. Pero ello no le quita valor a su testimonio y al de los otros.

Para mejor comprender el sentido del por qué, y del para qué de esta investigación, será oportuno realizar cuatro sucintas reflexiones que enmarquen el sentido de lo que aquí se cuenta. No se trata de analizar lo que él y otros dicen ya que son testimonios de experiencias vividas por parte de una fratría que compartió, cada quién a su manera y desde las circunstancias en las que estaban, lo que él narra. Lo mismo sucede sobre las consideraciones expresadas sobre su figura, mirado desde la ineludible subjetividad del amor y los vínculos familiares. Pero no está demás señalar cuatro aspectos que

atraviesan y sostienen la importancia de lo que dice, o, más exactamente, de cómo se gestó y se realizó esta historia de vida, a pesar de lo inconcluso en que devino.

1. La interlocución

Lo que aquí se presenta no es una biografía, mucho menos una hagiografía ni tampoco son unas memorias. Es otra cosa. Es el resultado de un proceso de conversaciones (no fueron más de cuatro con Juan y algunas más con su familia) que como se verá, comienzan con la trivialidad de temas de tanteo, de intentar un acercamiento comunicativo que facilite la interacción, la confianza necesaria que le otorgue a la conversación y al deseo de palabra todo el protagonismo. Casi se podría decir que comenzamos con un balbuceo por ambas partes que nos permitió ir acercándonos a un doble objetivo: el mío, el de escuchar. El suyo, los suyos, el de decir. Y no lo expongo así de manera impensada, tengo la experiencia de que, si alguien está dispuesto a recibir un relato, si alguien escucha, ese relato se produce. Porque es lo propio de la condición humana, la necesidad de poder contarnos, relatarnos, sentir que lo vivido tiene valor para alguien que no estuvo allí y que, sin embargo, es capaz de mostrar interés, de querer saber, de intentar imaginar lo que ha sucedido y lo que ha provocado en el transcurso de esa, de esas vidas. Decía el poeta René Char que... *no hay dolor que no quepa en un relato*. Y la historia de Juan un buen ejemplo de ello. La narración, así entendida, es un relato que se va construyendo en el mismo proceso de la interacción, de la comunicación y en el que no se cuenta todo, porque nadie podría hacerlo, pero dice lo que quien recibe, da señales de estar en disposición de acoger, de comprender, de querer retener para transmitir a otros.

1) Los otros

Ningún relato de una/o mismo es tan solipsista como para que no aparezcan otras y otros en lo que se narra. Figuras principales y secundarias que son convocadas para exhibir el poderío del nudo experiencial que se ha vivido. Personajes - por decirlo en términos literarios - a veces con nombres propios, otras con alusiones de roles vivenciales (una vecina, un trabajador, unos primos...). Sujetos que son tales, justamente por estar sujetados a esa historia y que dan cuenta de cómo y cuánto la memoria no es un archivo de datos sino de emociones, sensaciones, experiencias, relaciones positivas o negativas que siguen vivas no solo en lo que se recuerda, sino en la arquitectura de la propia identidad de quien habla. Sin ellos, en tanto parte del tejido de la evocación, la historia quedaría vacía de testigos, de cordeles relacionales, aislada de contexto, nula en su valor testimonial.

2) El pasado

La historia no es la narración verídica y cronológica de los acontecimientos del pasado. Es mucho más que eso, es un material sensible que se recrea narrativamente desde las condiciones de cada presente en el que se le otorga voz. Y Juan, en su alta madurez, rememora con pasión, pero sin odio, con búsqueda inquebrantable de justicia que - sabe muy bien - solo se alcanzará a través de una Justicia Restaurativa, esa que pide el reconocimiento del daño, no para castigar a los victimarios, no para poner en acción el *ojo por ojo*, sino para abrir a la esperanza de un futuro en el que pueda producirse una verdadera conciliación. Y lo hace desde un presente de la realidad de España en el que

también reconoce que han sido alcanzados importantes logros para la paz social, para los derechos y responsabilidades de cada uno y de todos, en el que con sus luces y sus sombras las instituciones son respetadas y, no menos importante, se reconoce en un presente en el que no pasa hambre, en el que vive a cobijo y con comodidades que, aunque modestas, no dejan de ser identificadas por él como parte de un patrimonio que, durante décadas, pareció inalcanzable. Todo pasado se reconstruye desde las condiciones de posibilidad del presente y cualquier sujeto pensante así lo comprende. También Juan. Pero también en él late el temor a una involución amenazante donde puedan volver a gobernar la inquina, la venganza, la arrogancia, la estulticia de unos pocos para someter a las mayorías. Juan sabía por una historia dedicada a no olvidar el pasado, que la democracia es tan perfectible como perversible y que no es dando vuelta la página para no hablar de lo sucedido como se construye el futuro.

3) La memoria personal y la colectiva

El relato de Juan Machuca es una vivencia de la Historia de España. Así, con mayúsculas. De una España que dolió, o más exactamente infligió pesares y castigos a una amplia mayoría de españoles que se atrevieron a defender un Gobierno Constitucional y un Estado que buscaba justicia y progreso. No hay vivencia personal que no traiga consigo todo un contexto histórico porque es en los entresijos de ese mismo vínculo donde se constituye nuestra condición de sujetos, sujetos sujetos a las condiciones de lo que sucede en lo íntimo y que articulan en su poderío, las posibilidades de nuestra intimidad. Las grandes historias nacionales, continentales, épocas, están articuladas por sujetos, mayoritariamente anónimos que son quienes, en su ser innominado, sostienen el tejido social de cada ciclo histórico. Y en el mismo sentido, cada cambio estructural en las vidas privadas, solo se realiza si hay cambios en el contexto que lo aúpe y le de consistencia. Nadie en lo particular representa el “todo” social. Pero no hay posibilidad de comprender cómo es cada tramo de la historia, sino a través de sus gentes, sus conflictos, sus aspiraciones, sus pequeños logros y sus grandes fracasos. Su experiencia como ferroviario – así decía él de sí mismo – es parte de esa sustancia de la historia que trae lo mejor de su persona, pero que también da cuenta de las servidumbres al régimen de Franco que la entidad RENFE significó durante más de cuarenta años para quienes trabajaron en ella y para el conjunto de todos los españoles.

Padre de siete hijos junto a una mujer tan empeñada como él por sacar adelante a la familia, trabajador infatigable, lector empedernido después de haber alcanzado durante su infancia el conocimiento del alfabeto de manera autodidacta, anticlerical por la gracia de la Iglesia, compañero leal y persona querida por sus iguales, sus subordinados y sus jefes, Juan Machuca Pastor escribe una emocionante página de la historia de RENFE. Una página, cuyo relato quedó inconcluso, pero lo que contó está lleno de cultura ferroviaria.

Cristina Santamarina.

Solo fueron cuatro sesiones en las que conversaron Cristina y mi padre, pero esas cuatro sesiones contienen el relato de lo que fue para un niño el final de los años 30, para un adolescente la década de los 40, y para un joven la década de los 50. Tienen tanta fuerza expresiva, tal nivel de detalles y tanta credibilidad, que nos planteamos - una vez escuchadas las grabaciones -, la importancia y transcendencia de compartirlas.

Ante todo, el ferrocarril vertebra la historia de los Machuca. Los dos abuelos de mi padre, Juan Machuca Núñez (guardagujas), y Emilio Pastor Gómez (guardafreno-distribuidor), ya comenzaron la saga ferroviaria en los primeros años del s. XX. Su padre y su tío, José y Rafael Machuca Pérez, ingresan en Andaluces (CFA), como factores telegrafistas, en 1928 y 1930 respectivamente, en la estación de Cercadilla, Córdoba, trasladándose seguidamente a Lucena, en la misma provincia. En el golpe de estado de 1936, los dos hermanos son detenidos y acusados de utilizar el telégrafo de la estación para pedir apoyo a los ferroviarios de la estación colateral de Puente Genil, fiel a la República, para restablecer la legalidad en Lucena. Rafael es fusilado por ello, y José consigue pasar al frente republicano en Jaen, donde presta servicio como ferroviario, y termina la guerra como teniente de transmisiones, siendo condenado por rebelión militar.

Mi abuelo José, al salir de la cárcel en 1943, solicita su reingreso en el ferrocarril, pero no supera el expediente de depuración, y es empleado en la misma estación de Lucena, por el concesionario del despacho central de Rute, expidiendo y recepcionando las mercancías de la comarca, que transitaban por la estación. A finales de 1946, vuelve a ser encarcelado por apoyar a la resistencia antifranquista (maquis), hasta 1951. Por segunda vez, solicita el reingreso en el ferrocarril, que vuelve a ser denegado. Como explica Francisco Polo,¹: *la sublevación militar de julio de 1936 se cebaría sobre un grupo profesional, fuertemente politizado y sindicalizado, que había puesto en jaque, a un país en diferentes momentos de su historia. El franquismo debía neutralizar todas las fuerzas que podrían volverse en su contra en el futuro, por ello había que procurar alisar a esa “masa de trabajadores”, muy bien diseminados por el territorio y evitar así cualquier conato de fuerza que pudiera poner en peligro al “Nuevo Estado”.*

Hasta 1956, que emigran a Madrid, mis abuelos y mis tíos, siguen viviendo junto a la estación de Lucena, y esa circunstancia, es la que les permite sobrevivir, sobre todo en los periodos de cárcel de mi abuelo, gracias a la solidaridad de los ferroviarios, y al aprovechamiento de restos de mercancías deterioradas.

Mi padre prepara la oposición para ingresar en Renfe, y en 1951 lo hace como aspirante a factor, en Córdoba. Después se traslada al Puerto de Santa María (Cádiz), y en 1959, asciende a Factor de Circulación, solicitando el traslado a Madrid, para ayudar a su madre, ya viuda y a sus hermanos menores. Mantiene su residencia en la estación de Villaverde Alto, ascendiendo en los ochenta a Jefe de Estación en Madrid Atocha, y es Jefe Principal de la misma, cuando se cierra definitivamente en 1988, para las obras de la nueva estación de Alta Velocidad. Se jubila en Villaverde Alto en 1993, a los 61 años.

¹ Francisco Polo Muriel, **La Depuración del personal ferroviario durante la Guerra Civil y el Franquismo (1936-1975)** Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2015.

En los últimos años del franquismo, es afiliado a Comisiones Obreras en la clandestinidad.

Tres de sus hijos somos ferroviarios. Yo acabo de jubilarme en Adif, después de 44 años de servicio, la mayoría en las estaciones, y mis hermanos Luis y Jesús, continúan su servicio también en Adif.

Mi padre tuvo, desde muy joven, un deseo profundo de aprender y comprender el mundo: fue un gran lector, estudió inglés y alemán y terminó el bachillerato superior con treinta y tantos años. Era un gran estimulador de la curiosidad intelectual, para los que lo teníamos cerca, y para todos los que compartían con él alguna conversación sobre historia, literatura, política, cine, teatro, ...Una rica biblioteca, con autores clásicos y contemporáneos, repartida por el salón y el pasillo de su casa, era la admiración de las visitas. Un piano, comprado con mucho esfuerzo, para que sus hijos pudieran iniciarse en la música, fue otra prueba de su inquietud permanente por las artes y las letras. Por supuesto que el periódico se compraba a diario en casa. Visto desde la distancia, es como si el conocimiento y la cultura fueran su refugio y fortaleza para superar tanta inquina, tanto odio, tantas desgracias familiares sobrellevadas y sobrevividas.

Juan, en sus últimos años, intenta expresar la dolorosa experiencia de vejaciones e injusticias, trufada en su relato, de momentos tragi-cómicos, de ironías y esperpento. Los relatos sobre los castigos, las hambrunas, los fríos y soledades sufridos durante su niñez junto con sus hermanos, resumen el dolor padecido por tantas víctimas y tantas familias en este país, que debieron soportar la brutal represión del régimen, cuyo objetivo evidente fue aniquilar al otro bando en todos los frentes, materiales e intangibles, personales y sociales. Derrotar a los vencidos fue la gran empresa que el franquismo mantuvo durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Los niños, condenados previamente por el simple hecho de haber nacido en zona republicana, o por ser hijos de quienes creían en la democracia y en las libertades, fueron un blanco preferido. Su delito ser, ante todo, hijos de los vencidos. Muchos huérfanos reales o funcionales, ya que sus padres están encarcelados o trabajando en lugares lejanos, son internados en hogares del auxilio social, en orfanatos, en colegio religiosos, donde la principal misión es “recuperarlos” del pecado original en el que viven sin estar bautizados ni haber hecho la comunión, tal como les sucedió a los hermanos y hermanas Machuca Pastor. Pequeños campos de concentración, en donde son señalados como ejemplo del mal ante los ojos del resto de niños de las “familias bien”, sitios en los que no existe ningún recurso para ellos, ni siquiera un cuaderno, un lapicero durante las clases de formación, formas institucionales que estaban plenamente integradas en la normalidad de esa España nacional católica y franquista. Esas brutales carencias, también afectivas al estar separados de sus familias, han repercutido en nosotros, sus hijos, y se han expresado en una notable falta de contacto físico, de besos, de abrazos, que ellos no podían enseñarnos porque carecían absolutamente de experiencia relacional y emocional positiva.

Otro de los colectivos elegidos por la brutal represión, fueron las mujeres. Madres, parejas e hijas de muertos en combate, o fusilados, o encarcelados. En el mismo discurso de Juan durante el evento de noviembre de 2018, las protagonistas de su relato son su abuela Paulina, quien murió sin saber dónde estaba su hijo Rafael, fusilado al

inicio de la contienda, y su propia madre Enriqueta que tuvo que luchar prácticamente sola y en una total carencia de recursos para sacar adelante a sus siete hijos.

El Patronato de Protección a la Mujer, desde el que nos llegan escalofriantes testimonios de las propias víctimas, resume lo que eran las mujeres del bando perdedor, para el régimen. Escribe Tatiana Romero²: *El franquismo afincó toda su moralidad en el comportamiento de las mujeres, utilizándolas como vehículos para la purificación y la redención moral de España y, a su vez, esa moralidad se construyó en contraposición a la figura de “la roja”: “ese ser degenerado, lleno de ferocidad y rasgos criminales, que, por sus implicaciones políticas con la República, ha perdido toda su feminidad”, en palabras del psiquiatra del régimen Antonio Vallejo-Nájera.*

El hambre, la miseria, la humillación, el miedo, el desamor, la desaparición de los seres queridos, la separación de la profesión o el trabajo... todas estas herramientas de represión están en la historia de Juan. Pero él, coherente con su sensatez y clarividencia, sabía que la deseada reconciliación nacional no pasa porque las víctimas se conviertan en perpetradores de los verdugos o de sus descendientes. Pasa por un reconocimiento del Estado y sus instituciones a todas las víctimas represaliadas y asesinadas del bando perdedor, ya que las víctimas del bando vencedor, sí que fueron reconocidas, apoyadas y damnificadas por el gobierno franquista. Y pasa por la recuperación de los cuerpos, aún sin identificar, en las más de seis mil fosas comunes existentes en España.

Como explica Peter Bourquin³, terapeuta humanista, *la guerra civil supone un trauma transgeneracional, donde lo importante es reconocer lo que pasó, con una vista amplia que pueda ver a ambos bandos, víctimas y perpetradores, con un corazón abierto y compasivo. Esto sería el mejor antídoto para que la dinámica no se perpetúe en el seno familiar. En la España franquista, la situación se agravó por la represión que durante 40 años hizo que solo un lado pudiera hacer el duelo por sus muertos, mientras que los perdedores no tuvieron espacio para ello, ya que era peligroso mostrar pena y rabia por lo que el régimen les había hecho. Estas circunstancias postergaron durante medio siglo procesos sumamente importantes y sanadores para la sociedad española. Aunque los efectos de un suceso histórico suelen disminuir en cada generación, sus ecos y resonancias siguen y perduran más tiempo, perturbando a los descendientes. Ahora ya depende de la gravedad de los sucesos acontecidos en cada familia, de qué forma uno u otro miembro estuvo involucrado en su momento. Sucesos realmente graves pueden mantenerse “vivos” en un sistema familiar durante seis, siete generaciones, tal vez todavía más.*

Paloma Aguilar y Leigh A Payne⁴ en sentido similar dicen: *El Pacto de silencio y olvido en la transición, que ha impedido que se hable públicamente de la tremenda represión después de la guerra civil, se convirtió en la base del proyecto de reconciliación*

² Tatiana Romero, «¿Cómo historiar lo inmaterial?», Monográfico *Diario Público* «Patronato de Protección a la Mujer», Madrid, marzo 2024.

³ Peter Bourquin (editor) *Trauma y presencia. La Guerra Civil: el tiempo no cura las heridas*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2018.

⁴ Paloma Aguilar y Leigh A Payne, *El resurgir del pasado en España. Fosas de víctimas y confesiones de verdugos*, Madrid, Taurus, 2018

nacional. Se trataba de pasar página del pasado reciente, antes de leerla. Nunca se ha utilizado en la democracia española un mecanismo de rendición de cuentas. Payne define el concepto de coexistencia contenciosa: pone en práctica la participación, la contestación y la expresión políticas. Es el modelo que se aplica en las democracias maduras, y que permite la discusión sobre varias verdades, la reinterpretación de los espacios políticos e históricos. Hay que fomentar el derecho a la verdad y a la memoria. La generación de los nietos, la de aquellos que, al no crecer con el recuerdo directo de la guerra civil y la violencia represiva, se han visto libres del sentimiento de culpa de sus abuelos y del miedo de sus padres, ha demostrado que está más dispuesta a cuestionar los acuerdos de la transición que aceptaron o toleraron sus padres y abuelos. Son evidentes los esfuerzos destinados a reimponer una narrativa que dicta que todos fuimos culpables de la violencia de la guerra civil. Frente a esta temeridad falseadora de la historia, solo la búsqueda de la verdad nos permitirá, alguna vez, una verdadera reconciliación.

Una condición imprescindible para la integración y la comprensión de tales experiencias traumáticas, como explica Diana Drexler⁵, psicoterapeuta alemana, basándose en su experiencia traumática de la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, *es que tiene que haber un espacio seguro en el que el silencio, colectivo y familiar pueda romperse, en el que no se repita el peligro de ser herido o humillado. Un verdadero diálogo entre las generaciones no es posible hasta que todos los implicados abran ese espacio seguro. Y como sabemos, lamentablemente, este espacio seguro en España es difícil que se produzca.*

A pesar de todo lo sufrido, Juan era una persona de trato exquisito, y con la amabilidad como actitud permanente, definida desde la generosidad, el respeto al otro, la consideración y la empatía. Actitud que busca el bienestar y la felicidad de los demás y se refleja en acciones y comportamientos que promueven la armonía y el respeto mutuo. Es su mayor legado.

José Rafael Machuca.

⁵ Peter Bourquin (editor), *Trauma y presencia*, Diana Drexler; y *Enredados, silenciados, olvidados*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2018.